

de allí á la iglesia de San Francisco y capilla del Tercer Orden, corrieron á poco igual suerte; repitiéndose ésto el 24 en los hospitales de Bellem y Loreto, y dándose caso de que un solo proyectil matara á diez y nueve personas, á consecuencia de lo cual, los heridos que conservaban alguna vigor se levantaron y huyeron despavoridos por las calles.

Al amanecer el 23 se suspendió el fuego; pero á poco siguió con más vigor. Este dia ya no hubo carne ni pan; y el rancho, de solo frijol, se tomó hasta la diez de la noche, á la luz de las bombas y de los incendios. La parte inerme del vecindario se habia ido agrupando del lado de la Caleta y se refugiaba en almacenes y zaguanes; pero muy luego los proyectiles caían en todos los puntos de la ciudad y no hubo ya en ella lugar seguro, permaneciendo las familias en constante vigilancia y sin alimento, despues de haber perdido muchas de ellas sus casas y sin quedarles más bienes que la ropa que llevaban vestida. Este mismo dia se unió al fuego de las baterías el de los buques situados frente á los Hornos y desalojados á poco por los cañones de Ulúa y del baluarte de Santiago. Aumentáronse los casos de incendio, inapagable en las fincas deshabitadas, en que no era visible sino cuando habia ya tomado incremento. En todo el repetido dia mantuvo el enemigo de cuatro á seis bombas en el aire, <sup>1</sup> dirigiendo siempre una á San Agustín y las demás á San Francisco, Santo Domingo, residencia del general Morales y otros edificios. Parte del de Santo Domingo se habia incendiado esa mañana.

El 24 la batería de marina establecida al Sur del baluarte de Santa Bárbara, rompió sobre él sus fuegos, empezando á desmantelarlo y á abrir brecha en la parte del muro unida á su semigola derecha. Otras piezas disparaban sobre el baluarte de Santa Gertrudis. Los ingenieros acudieron á cerrar la brecha con vigas y sacos de tierra, y la artillería de Santa Bárbara se retiró á retaguardia de la plaza del baluarte, que amenazaba desplomarse. El teniente de marina D. Sebastian Holzinger mandaba el citado punto, sin dejar de hacer fuego sino cuando le faltaban municiones, que personalmente iba á recoger de los demás baluartes; y, como una bala enemiga rompiera la driza de la bandera del suyo, haciéndola caer desprendida, subióse al merlon para atarla de nuevo: una segunda bala arrancó el merlon y con él rodó Holzinger adentro del baluarte; pero se levantó el valeroso jefe y prendió la bandera en el asta, teniéndosela durante la operacion —efectuada bajo una lluvia de balas— un jovencito de diez y seis años, entónces subteniente de la guardia nacional de

<sup>1</sup> "Tributo á la verdad," pág. 31. Repito aquí la observacion hecha con referencia á los partes del enemigo.

Orizaba, y hoy general D. Francisco A. Vélez. El referido baluarte de Santa Bárbara apagó varias veces los fuegos de la batería enemiga, desmontándole algunas piezas; y la conducta de Holzinger fué, pocos dias despues, elogiada por el vencedor. <sup>1</sup>

Entre diez y once de la mañana del mismo dia 24, se interrumpió el fuego, y tres columnas enemigas con sus respectivas banderas, descendian de los médanos, moviéndose en direccion del Matadero. Creyóse inminente el asalto, y la plaza tocó alarma; pero las columnas se ocultaron á la vista, prosiguió el fuego, y continuaron los sitiadores trabajando en establecer nuevas baterías entre el Cementerio y los Hornos.

Ese dia llegó á Veracruz D. José María Mata con las libranzas que remitió el gobernador del Estado. El enemigo y la plaza se dirigian cohetes á la Congrève, y en la segunda las víctimas fueron numerosas, contándose entre ellas el mayor de órdenes de la 1ª línea D. Félix Valdés, y algunos soldados del escuadron de Veracruz. En la noche cayó una bomba en el laboratorio de pólvora que habia en el baluarte de Santiago, é incendió tres quintales de ella y más de veinte bombas cargadas que estallaron haciendo volar el edificio y destrozando á todos los operarios con excepcion de un sargento. Otra bomba cayó en el repuesto del cuartel en que estaba el comandante militar, y al tenerse aviso de ello, Robles, que se hallaba allí á la sazón, penetró con sus ayudantes y algunos ingenieros y quitó y extrajo por sí mismo, con serenidad todavía mayor que el peligro, las mechas incendiarias.

El 25 á las siete de la mañana, dos vapores y siete cañoneras se acoderaron detrás de los Hornos y empezaron á disparar sobre la plaza; pero ésta y Ulúa los desalojaron dos horas despues, quedando muy maltratado uno de dichos vapores. <sup>2</sup> Multitud de balas y proyectiles cayeron en la plazuela de la Caleta, la Pastora y el baluarte de San Juan. El de Santa Bárbara y lienzos y bóvedas de varios cuarteles amenazaban derumbarse. En el muelle y en casi toda la línea fortificada, y hasta en Ulúa, perecieron muchos artilleros y soldados del Activo de Oaxaca. Desde la puerta de la Merced hasta la Parroquia no habia una sola casa ilesa, y estaban ya en ruinas en gran parte, impidiendo los escombros el tránsito: de la Parroquia hácia la Caleta, aunque no en igual grado,

<sup>1</sup> Los oficiales de Scott preguntaban en Veracruz si el baluarte de Santa Bárbara habia estado servido por artilleros extranjeros.

<sup>2</sup> Scott en sus despachos no menciona otros fuegos de la escuadra que los rotos en la tarde del 22 y que duraron hasta la mañana del 23. Probable es que en los despachos del comodoro Perry —de los cuales carezco— se dé noticia de las operaciones de los buques en los demás dias del bombardeo.

habian sufrido tambien deterioro todos los edificios: no se podia caminar por las aceras á causa de que se estaban desprendiendo los balcones; y en las noches no habia alumbrado. Multitud de familias, cuyas habitaciones quedaron arruinadas por completo, seguian refugiadas en las bodegas de algunas casas de comercio; y el cónsul español Escalante habia alojado en la suya á ancianos, mujeres y niños, proporcionándoles alimentos.

El 26 en la mañana continuó el fuego. Perdióse ya en la plaza toda esperanza de asalto, y los defensores seguian muriendo en sus puestos con la conciencia y el despecho de no poder inferir gran daño á sus contrarios, y con el dolor de presenciar la ruina, el hambre y hasta la pérdida de vidas en sus infelices familias. <sup>1</sup> Considerable número de heridos, sin asistencia posible, en los hospitales, casas y calles; muertos insepultos entre las ruinas de los edificios y al lado de los valientes que seguian exponiendo sus vidas; el incendio á un tiempo en gran número de lugares; la falta de alimentos para soldados y paisanos; el llanto de los huérfanos, madres y viudas, y la explosion incesante de las bombas; por último, la brecha abierta en la muralla y de que el enemigo parecia intentar no aprovecharse sino cuando hubiera acabado la guarnicion, habian hecho á los principales jefes —con excepcion de Robles, que no fué llamado á las primeras juntas— discutir y admitir lo inútil de la prolongacion de la defensa, y resolverse á abrir pláticas para saber las condiciones del vencedor. Al conocerlas y figurarse que trataba de humillar á los mismos á quienes calificaba de valientes, se habia adoptado la resolucion de romper, en union de las tropas de Ulúa, la línea enemiga; pero un furioso norte equinoccial, desatando sus ráfagas y levantando hasta el cielo las olas, asoció la cólera de la naturaleza á la ira y matanza de los hombres, haciendo imposible la concentracion de las fuerzas del castillo en la plaza, y hasta la simple comunicacion entre uno y otra.

Scott, al imponer sus condiciones preliminares en la tarde del 26, suspendió el fuego de sus baterías, aumentadas ya con número considerable de piezas, para continuarle á las seis de la mañana del 27 si tales condiciones no eran aceptadas. Esa misma tarde, con permiso de la autoridad militar, una comision de extranjeros, bajo la proteccion de la bandera francesa, salió á pedir amparo á los buques de guerra de sus naciones respectivas anclados en Sacrificios; sin haber logrado su obje-

<sup>1</sup> Un francés llamado Clairac, maestro de obras en el Ferrocarril, y á quien Robles empleaba en las fortificaciones, al ir de éstas á su casa, encontró muertos de bomba á su esposa y á sus hijos, y perdió el juicio durante algun tiempo.

to, porque se lo impidió la escuadra norte-americana, y hasta se dice que el comodoro amenazó con mandar hacer fuego sobre los comisionados. Se oyeron detonaciones de fusilería del lado de los médanos, y por un momento se creyó en la llegada de auxilios. En la noche se volvió á hablar de la conveniencia y posibilidad de una salida rompiendo la línea enemiga, y la mayor parte de los guardias nacionales optaban por ella, no obstante el temor de dejar comprometidas á sus familias. En la tropa permanente aparecian ya síntomas de desmoralizacion. Los guardias nacionales de Orizaba, los granaderos de Oaxaca y muchos oficiales de la guardia nacional de Veracruz, se pronunciaban abiertamente por la salida, aun sin contar con las tropas del castillo. El comandante militar Morales consiguió calmar los ánimos; proclamó la union en espera de los acontecimientos; celebró á media noche, el 26, una junta de guerra, é hizo en ella dimision del mando, de que se encargó inmediatamente su segundo el general D. José Juan Landero; trasladándose más tarde Morales á Ulúa, en union del mayor de la guardia nacional de Veracruz D. Manuel Gutierrez Zamora.

Antes de amanecer el 27, los cónsules extranjeros, de acuerdo con las autoridades de la plaza y acompañados del alcalde 2º, se dirigieron al campamento norte-americano, otra vez en solicitud de que se permitiera la salida á neutrales, ancianos, mujeres y niños; pero Scott, sin darles audiencia, les hizo saber que á nadie dejaria salir mientras no se rindiese la plaza. <sup>1</sup> Al amanecer el citado dia, casi toda la parte femenina de la poblacion, multitud de niños y algunos extranjeros, se agrupaban frente á las casas de los cónsules español y francés, aguardando la oportunidad de salir bajo su amparo. A eso de las nueve de la mañana, aunque no se habia roto de nuevo el fuego y continuaban las negociaciones de capitulacion, se desconfiaba del resultado de ellas, se temian los efectos de la diversidad de pareceres y resoluciones en los individuos de la guarnicion, y la ansiedad y el terror crecian en las familias, que vagaban por las calles cargando sus envoltorios de ropa y buscando salida. Algunas se embarcaron en lanchas con la mira de refugiarse en los buques de guerra neutrales; pero la escuadra las hizo retroceder á la playa. Momentos hubo en que la autoridad civil estuvo tentada de ponerse á la cabeza de la poblacion inerme, y salir con ella á servir de blanco á los tiros del enemigo.

Las publicaciones contemporáneas expresan la hondísima indignacion que la resistencia de Scott y del Comodoro Perry á dejar salir de la ciu-

<sup>1</sup> En los partes de Scott no hallo mencion alguna de este nuevo paso de los cónsules.

dad á los neutrales é inermes, posteriormente al principio de las hostilidades, causó en aquel vecindario. En todo el país se calificó por entónces de bárbara tal conducta, y áun parte de la prensa de los mismos Estados-Unidos la criticó más ó ménos severamente. Vistas las cosas muchos años despues, á la luz de la razon y de la lógica, parece natural que la parte inerte de la poblacion que por imposibilidad de emigrar á tiempo afrontó de pronto los horrores del bombardeo, tratara de librarse de ellos cuando habia empezado á experimentarlos; y el comportamiento de los cónsules extranjeros mereció bien de Veracruz y de la humanidad. Pero, á su turno, Scott y Perry sin comprometer su responsabilidad militar no pudieron obrar de diverso modo. El primero de estos jefes, en sus notas á los cónsules y al comandante militar, anunció el bombardeo y el asalto y las consecuencias probables y terribles de uno y de otro para la poblacion inerme, dejándole salida hasta el momento de comenzar sus propias operaciones: mas tarde, sus deberes de humanidad, ántes que á apiadarse del vecindario de Veracruz, le obligaban á economizar la sangre y las fatigas de sus propios soldados. Tales son las reglas y los efectos de la guerra, cruel y atroz en sí misma, y que en el caso de que se trata no reconocia otro origen que la ambicion de nuestros vecinos.

En la madrugada del 27 de Marzo se calculaba en 1,000 el número de muertos y heridos en la plaza, y en una cantidad de cuatro á cinco millones de pesos la pérdida material de edificios y mercancías á la accion de más de 6,000 balas y proyectiles lanzados por el invasor en cinco dias de fuego. Segun el parte oficial del general Landero, los muertos de la clase de tropa llegarían á 350 y los de la poblacion inerme á 400, pasando de 200 los heridos y debiendo ser incompletos estos guarismos por haber muchos cadáveres bajo los escombros. La existencia de pólvora en la plaza quedaba agotada, y habia sido preciso traer una parte de la de Ulúa. Del 10 al 26 inclusive habia lanzado Veracruz al campo norteamericano, segun noticia oficial, 6,267 balas de hierro de los calibres de á 8, 12, 16,  $22\frac{1}{2}$  y 24, y 2,219 bombas y granadas, de 14 y de 9 pulgadas las primeras, y de 8 y  $5\frac{3}{4}$  y para cañones de á  $22\frac{1}{2}$  las segundas. El enemigo, segun los datos insertos en el "Tributo á la Verdad," habia lanzado sobre la plaza desde las baterías del ejército 3,000 bombas de 10 pulgadas, <sup>1</sup> 200 granadas de 8, y 500 balas de á 25 libras; desde la batería de marina 1,000 granadas de á 68 libras, 800 balas de á 32 y

<sup>1</sup> Las medidas en los datos mexicanos son castellanas; é inglesas, naturalmente, en los datos del enemigo.

200 balas huecas; y desde sus buques 1,000 balas huecas y sólidas: ó sea en junto 6,700 proyectiles y balas pesando 463,600 libras.

Viniendo á los preliminares de la capitulacion, repetiré, por principio de ellos, que al recibir los cónsules extranjeros la respuesta negativa de Scott, fecha 25 de Marzo, á su solicitud en favor de neutrales é inermes, dirigieron copia de aquella al jefe de la plaza, pidiéndole que él mismo procurara la tregua necesaria para la salida de unos y otros; lo cual implicaba la apertura de negociaciones para la rendicion de Veracruz, dado que el jefe enemigo habia protestado no suspender las hostilidades sin la propuesta formal de tal rendicion. Esto y el tristísimo estado de la ciudad y de su guarnicion, de que he procurado dar idea, motivaron que el comandante militar, general Morales, dirigiera á Scott el 26 una comunicacion que, por enfermedad del expresado Morales, firmaba su segundo el general D. José Juan Landero, acompañándole el último ocurso de los cónsules é invitándole á entrar en un arreglo honroso con la guarnicion, y á que nombrara para ello tres comisionados que en algun punto intermedio pudieran reunirse con los de la plaza á tratar de dicho arreglo. Como al recibirse en el "Campo de Washington" la propuesta de Morales lo terrible del norte impedia comunicarse con la escuadra, se decidió Scott á tratar por sí solo, sin consultar al comodoro Perry; mandó cesar los fuegos de sus baterías, y nombró en la tarde del mismo 26 de Marzo comisionados suyos á los generales Worth y Pillow y al jefe de ingenieros coronel Totten. El 28, despues de arregladas las bases de la capitulacion, Perry envió á tierra á su segundo Aulick, y entónces dispuso Scott asociarle, en representacion de la escuadra, con los demás comisionados suyos. Los de la plaza fueron los coroneles D. José Gutierrez Villanueva y D. Pedro Miguel de Herrera y el teniente coronel de ingenieros D. Manuel Robles; quienes llevaron de intérprete al jóven D. Joaquin de Castillo y Cos. Las entrevistas tuvieron lugar en el Puente ó Punta de los Hornos.